



**HISPANIA NOVA**  
**Revista de Historia Contemporánea**

Núm. 1 Extraordinario, año 2020

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

<http://www.uc3m.es/hispanianova>

## **NÚMERO EXTRAORDINARIO**

### **GUERRA DE LA INDEPENDENCIA E HISTORIA PÚBLICA**

## **DE LA HISTORIA LOCAL A LA HISTORIA PÚBLICA: ALGÚN DEFECTO Y CIERTAS VIRTUDES**

**From local to public history. Some weakness and certain achievements**

**Anacleat Pons**

Universitat de València

[apons@uv.es](mailto:apons@uv.es)

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-9834-1564>

**Recibido:** 11-11-2019 - **Aceptado:** 25-03-2020

**Cómo citar este artículo/Citation:**

Anacleat Pons, "De la historia local a la historia pública: algún defecto y ciertas virtudes", *Hispania Nova*, nº 1 Extraordinario (2020): 52 a 80.

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2020.5366>

**Copyright:** © HISPANIA NOVA es una revista debidamente registrada, con ISSN 1138-7319 y Depósito Legal M 9472-1998. Los textos publicados están –si no se indica lo contrario– bajo una licencia [Reconocimiento-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es) de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite su autor y la revista y la institución que los publica y no haga con ellos obras derivadas. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es>

**Resumen:** Como solemos decir, la profesionalización de nuestra disciplina produjo una cesura, separando la historia académica de aquella otra que quedaba en manos de eruditos, archiveros. Y mientras unos se dedicaban a la historia nacional, otros quedaban relegados a lo local y a la mera nostalgia. Esa idea se mantuvo al menos hasta los años setenta. El cambio, como es sabido, estuvo relacionado con los movimientos sociales de la década anterior, que a grandes rasgos supusieron el retorno del sujeto, con una dimensión múltiple, y el énfasis en la acción humana. Este ensayo historiográfico explora esos cambios, a partir sobre todo de dos diferentes propuestas de rescate de lo local -la microhistoria y la historia popular-, y muestra cómo actualmente esa defensa de lo local se combina en buena medida con la historia pública.

**Palabras clave:** Historia local, historia pública, microhistoria, historia popular, historiografía.

**Abstract:** As we usually say, the professionalization of our discipline produced a caesura, separating the academic history from such other in hands of erudites, archivists and amateurs. And while the first were dedicated to national history, the second were relegated instead to the local and the mere nostalgia. That idea was maintained at least until the 1970s. The change, as is known, was closely related to the social movements in the previous decade, which broadly assumed the return of the subject, with a multiple dimension, and the emphasis on human action. This historiographical essay explores these changes, starting from two different proposals for the rescue of the local - microhistory and popular history - and shows how the current defence of the local is largely combined with public history.

**Keywords:** Local history, public history, microhistory, popular history, historiography.

## PRELIMINAR<sup>1</sup>

Como es sabido, la inicial profesionalización de nuestra disciplina produjo una cesura, separando la historia académica de aquella otra que quedaba en manos de eruditos, de archiveros, de aficionados, en fin. Y así, mientras unos se dedicaban a la historia nacional, otros quedaban relegados a lo local y a la mera nostalgia. Esa idea se mantuvo al menos hasta los años setenta, en el contexto de los cambios de aquella época. Lo que se pretende en este ensayo historiográfico es explorar esas mutaciones, a partir sobre todo de dos diferentes propuestas de rescate de lo local (la microhistoria y la historia popular), mostrando cómo esa defensa de lo local se combina (o se puede combinar) hoy en buena medida con la historia pública, con ciertas ventajas y algunas desventajas.

## ESCRIBIR LA HISTORIA DE LOS PINGÜINOS

A principios del siglo XX, hacia 1908, Anatole France publicó un libro titulado *La isla de los Pingüinos*<sup>2</sup>. Más que una novela en el sentido estricto del término, era una sátira mordaz en la que repasaba a grandes rasgos la historia de Francia y, a través de ella, la práctica de los historiadores. El sarcasmo y la parodia eran ya evidentes en el propio título y se reforzaban en el prólogo, en el que se indicaba el objeto de la ficción: el personaje de la novela consagraba su vida a un propósito magnífico, escribir la historia de los pingüinos. Empeñado en esa tarea, advertía de las dificultades de escribir cualquier historia, incluso aunque las fuentes abundaran, porque “nunca se averigua con certeza de qué modo tuvieron lugar los sucesos, y las incertidumbres del historiador aumentan con la abundancia de documentos. Cuando un hecho es conocido por una referencia única, lo admitimos sin vacilación; pero empiezan las perplejidades al

---

<sup>1</sup> Este artículo forma parte del proyecto de investigación *Historia, Memoria y Sociedad Digital. Nuevas formas de transmisión del pasado. La transición política a la democracia*, con referencia RTI2018-093599-B-I00 MCIU/AE/FEDER, UE)

<sup>2</sup> Utilizo la traducción clásica de Luis Ruiz Contreras (versión epub).

ofrecerse varios testimonios del mismo suceso, pues no suele haber manera de armonizar las contradicciones evidentes”.

Consciente de las dificultades, pero sin caer en el desánimo, el protagonista recurre a los sabios en la materia, de los que obtiene una respuesta entre indiferente y compasiva:

*"Pero ¿acaso escribimos historia nosotros? ¿Acaso nos importa deducir de un escrito, de un documento, la menor parcela de vida o de verdad? Limitase nuestra misión a publicar nuestros hallazgos pura y simplemente, letra por letra. La exactitud de la copia nos preocupa y nos enorgullece. La letra es lo único apreciable y definido: el espíritu no lo es. Las ideas no son más que fantasías. Para escribir historia se recurre a la vana imaginación”.*

Aun así, descubre que hay unos pocos eruditos que no se limitan a copiar textos, y a ellos acude en busca de asistencia para documentar esa historia de los pingüinos. Pero el consejo que recibe no es exactamente el esperado: “¿Por qué se preocupa de buscar documentos para componer su historia y no copia la más conocida, como es costumbre?”. Ofrecer un punto de vista nuevo, una idea original, no hará sino sorprender al lector, al que le desagradan las sorpresas, porque contradice sus engaños e insulta sus creencias. De modo que, “los historiadores se copian los unos a los otros, con lo cual se ahorran molestias y evitan que los motejen por soberbios. Imítelos y no sea usted original. Un historiador original inspira siempre desconfianza”.

Llegados a este punto, nuestro personaje medita sobre lo aconsejado y procura seguirlo en lo posible. Como resultado de todo ello, logra componer un libro, pero uno que pertenece al “género de la historia vieja, la que ofrece una sucesión de hechos cuyo recuerdo se ha conservado, y procura indicar en lo posible los efectos y las causas, lo cual es más arte que ciencia”. Esa historia vieja se contrapone a aquella otra que propugnan “los espíritus ansiosos de exactitud”, quienes a su vez denuestan la anterior por chismosa. El protagonista concede que quizá llegue el día en que las naciones produzcan otros documentos y que la historia hecha con ellos ya no sea un arte, sino una ciencia, y ofrezca “la exactitud que al historiador más avisado le falta, pero es imposible trazarla sin acudir a una multitud de estadísticas de las cuales aún carecen todos los pueblos, y, sobre todo, el de los pingüinos”. Mientras tanto, la historia ha de hacerse al

modo antiguo, valiéndose “de la perspicacia y de la honradez del narrador”.

Anatole France no era partidario de la historia científica que emergía, de modo que, si bien le otorga a su libro esa apariencia, lo hace con carácter polémico, sin fingimiento alguno. Y es que su obra se escribe en el momento preciso en que Lavissee y sus discípulos, con Langlois y Seignobos al frente, están defendiendo una práctica metódica, distinta de la hasta entonces cultivada, una historia profesionalizada que se imparte en las aulas y que forma titulados. Por eso mismo, la parodia cáustica de France va directamente contra esa pretensión, porque para él esa reivindicación científica produce algo sin profundidad, de base casi estadística, generando una ciencia preocupada solo por acopiar documentos, ajena a la carnalidad del pasado. A ello opone la imaginación y la pasión, dispuestas a escarbar en la multiplicidad de las acciones del pasado mediante la imaginación. De ahí que su libro plasme esa voluntad de censurar y de ridiculizar, de ahí que mezcle las referencias reales y las imaginarias, componiendo más una mitología que una historia.

### UNA HISTORIA CON RIGOR

Es precisamente contra eso, como acabo de apuntar, contra lo que Charles-V. Langlois y Charles Seignobos compondrán su *Introducción a los estudios históricos*. El volumen tenía “la intención de mostrar a los estudiantes recién llegados a la Sorbona en qué consisten y en qué deben consistir los estudios históricos”, pero no solo a ellos, pues los autores pretendían que sirviera “para que se parasen a reflexionar sobre la profesión” quienes la ejercían de manera mecánica. En efecto, intentaban corregir la ausencia de reflexión sobre “los fundamentos metodológicos de la historia”, esperando que así se dejara de recurrir “a métodos intuitivos que rara vez desembocan en la verdad científica, ya que por lo general carecen de rigor intelectual”<sup>3</sup>.

Frente a esa búsqueda de la verdad científica, más o menos en consonancia con el positivismo reinante, cualquier otra forma de hacer historia quedaba condenada. No tanto la que en su día hicieron los “eruditos antiguos”, que desconocían los rudimentos ahora expuestos, sino la que se empeñaban en seguir practicando aficionados y principiantes, con más voluntad que acierto, y sobre todo los “malos

---

<sup>3</sup> Charles-V. LANGLOIS, y Charles SEIGNOBOS, *Introducción a los estudios históricos*. Alicante, Universidad de Alicante, 2003, pp. 46, 53-54.

historiadores”, que por pereza, descuido o ignorancia obvian las reglas metodológicas y, buscando públicos más benignos, se refugian en la “exposición histórica” y “se disfrazan hasta cierto punto de literatura”. En suma, se trataba de hostigar a todas aquellas formas de narración histórica que se consideraban caducas, todas las que no comprendieran que “el fin de la historia no es ni agradar, ni conmover ni proporcionar recetas prácticas de conducta, sino simplemente saber”<sup>4</sup>.

Esas recomendaciones, y sus correspondientes reprimendas, produjeron una cesura, separando la historia profesionalizada de aquella otra que quedaba en manos de eruditos, archiveros, aficionados y cronistas apasionados. Y mientras unos se dedicaban a la historia nacional, necesitada de legitimación, otros quedaban relegados a lo local y a la mera nostalgia, con la consecuencia de que, al quedar desplazados, estos últimos adoptaron mayores grados de conservadurismo en defensa de los viejos modelos, siendo así doblemente proscritos en el ámbito disciplinario. De ese modo, si hasta entonces bien podría decirse que toda la historia había sido de algún modo local, ese calificativo quedó eliminado con la profesionalización. En el mejor de los casos, y dada su falta de pericia disciplinaria, al cronista o al archivero se les reconocía una función secundaria, la de conservar, ordenar o transcribir textos de los que luego otros podrían aprovecharse.

Tal división no hizo sino acentuarse con el tiempo, a medida que la profesionalización se completaba y complicaba. Tras la II Guerra Mundial, por ejemplo, el empuje de la escuela de los *Annales* supuso una renovación de la historia académica que habían propugnado los metódicos, incorporando objetos y métodos más amplios y refinados. Y ese cambio ahondó en la parcelación ya señalada de un modo doble: por un lado, hizo más complejo el método, con lo que el historiador local quedaba más distanciado de la novedad imperante; por otro, propugnó una perspectiva de larga duración, de manera que estudiar lo local significaba refugiarse en lo pintoresco y lo episódico.

Esa idea –en lo que a “lo local” se refiere– se mantuvo al menos hasta los años setenta, si bien con algunas excepciones. El cambio, como es sabido, estuvo relacionado con los movimientos sociales de la década anterior, que a grandes rasgos supusieron el retorno del sujeto, con una dimensión múltiple, y el énfasis en la acción humana,

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 155, 287.

provocando a su vez una reconsideración de las interpretaciones previas, tildadas de excesivamente simplistas, sobre todo en lo relativo a la historia social. Y vino acompañado de la masificación de la universidad, es decir, de la formación de una numerosa cohorte de historiadores, lo cual tuvo al menos dos efectos. Por un lado, la existencia de titulados que no tenían cabida en el mundo profesional bien establecido. Por otro, unos y otros -dentro y fuera de las Universidades, con las herramientas metodológicas apropiadas- vieron en lo particular, en lo local, una perspectiva adecuada a sus intereses y posibilidades, disponiéndose a sustituir o desplazar a los antiguos aficionados o cronistas con nuevas monografías.

### **LO LOCAL RESTITUIDO: MICROHISTORIA E HISTORIA POPULAR**

La rehabilitación de lo local como objeto de análisis relevante se produjo por diversas vías, pero no de una manera directa. Algunas de las perspectivas que empezaron a abrirse camino conectaban con ese ámbito de estudio, pero mantenían sus distancias, precisamente por las connotaciones negativas que este aún arrastraba. Ahora bien, esas reticencias iban acompañadas de modelos analíticos que, al ajustarse a lo local, podían ser reclamados como paraguas metodológico por quienes trabajaban sobre esa base y deseaban dotar a sus estudios de un referente que les permitiera dialogar en el mismo plano con los trabajos académicos más reconocidos.

Hubo al menos dos rutas en esa dirección, y ambas empezaron a emerger a mediados de los años setenta. Una de ellas la representaba el movimiento de los *History Workshop*, y Raphael Samuel en particular<sup>5</sup>. En el primer número de la revista dedicada a esos talleres, sus impulsores señalaban varios aspectos claramente renovadores, que fueron además una constante en el trabajo de Samuel. Uno de ellos indicaba el interés por la historia en la sociedad británica, así como su importancia en la batalla de ideas que se librara por aquel entonces, todo ello dentro de una marcada dualidad: el abundante consumo de historia, pero a través de los medios de comunicación de masas; y una producción académica reservada solo a especialistas, divorciada de su función social, fruto todo ello de la profesionalización de la disciplina y de sus reglas de funcionamiento.

---

<sup>5</sup> “Editorial”, *History Workshop Journal*, 1.1 (1976), pp. 1-3.

Una de las soluciones a ese dilema era apuntada por el propio Samuel en un texto propio dedicado a la historia local y la historia oral<sup>6</sup>. Empezaba señalando que, en términos generales, esa historia local, a pesar de los intentos por hacer que se alineara con otras formas de práctica histórica, todavía estaba circunscrita a un grupo de entusiastas. Pero, con todo, era el lugar desde el que construir la alternativa que se estaba buscando, una que, alejada de lo meramente nacional, ofreciera una idea más inmediata del pasado. Como Samuel señalaba gráficamente, había que doblar la esquina y bajar a la calle, oír los ecos del pasado en el mercado, leerlo en las paredes, seguir sus huellas en los campos. De ese modo, por ejemplo, determinadas categorías sociales abstractas se podrían traducir carnalmente, a través de trayectorias y experiencias concretas; de ese modo, el impacto del cambio podría ser evaluado atendiendo a sus consecuencias en determinados hogares o comunidades. Es decir, la historia local no tenía que ser despachada como algo rancio, sin mayores miramientos, pues era algo que también encerraba una fuerza popular, en el doble sentido de actividad y de forma literaria.

Samuel era consciente, pues, de sus debilidades, de que, a pesar de la pasión por el pasado que incorporaba, solía ser repetitiva y carente de vida. Parte del problema estaba en la propia noción de historia local, en la idea del lugar como entidad distinta, que puede ser estudiada como un conjunto separado -al margen del contexto más amplio al que pertenece o de las preguntas más generales a las que puede responder-, donde todo tiene un valor significativo (para los lugareños), sin discriminación. Ahora bien, entendía que la renovación en marcha –en particular la de la llamada escuela de Leicester- había ido erosionando esos defectos, hasta el punto de que la preocupación por el lugar en sí mismo ya no era tan intensa como en el pasado o, si lo era, dejaba paso a preocupaciones más generales. A partir de esas ideas, Samuel llevaba sus reflexiones hacia otro territorio, planteando de qué modo la necesaria redefinición de la historia local pasaba por la práctica de la historia oral. Era, a su entender, una forma de completar la necesaria documentación, pero también de contestarla, de escapar de su regularidad administrativa, que acaba por estructurar o filtrar la historia que se hace con ella, para rescatar lo que había quedado fuera, todo el conjunto de la experiencia real y vital de las personas. Es decir, si cualquier historia depende de la naturaleza de las

---

<sup>6</sup> Raphael SAMUEL, “Local History and Oral History”, *History Workshop Journal*, 1.1 (1976), pp. 191–208.

fuentes y del modo en que se leen, Samuel proponía tomar el pulso al pasado de otro modo, construyendo incluso el archivo mismo de ese pasado, restaurando parte de la importancia de aquellas vidas que no dejaron ningún rastro escrito.

En los años posteriores, Samuel se referiría a eso mismo en términos de “historia popular”<sup>7</sup>. En el sentido ya señalado, exponía que tal expresión respondía a un tipo de práctica alejada – aunque no siempre- de las instituciones académicas, aplicable retrospectivamente a los intentos de hacer una “historia desde abajo” y caracterizada por la adopción de una escala local (desde una calle o un barrio hasta una comarca o una región) en la que, no obstante, son las experiencias de las personas y no los lugares en sí el objeto fundamental. De modo paralelo a su texto anterior, Samuel rastreaba los antecedentes variados de esa historia popular, ya fuera su vertiente más conservadora o la socialista, que compartían un patrimonio “de primitivismo romántico” de añoranza de las solidaridades del pasado, bien para demonizar la sociedad de masas o bien para denunciar la alienación inherente al capitalismo, con cierto tráfico de ideas entre ambas tendencias. Con todo, Samuel veía en esa historia popular apegada a lo local una forma adecuada para repensar la historia “desde el fondo hacia arriba”, algo que él creía posible conectándola con el marxismo, mixtura que entendía beneficiosa para ambas partes, para que una y otra airearan el reducto en el que cada una estaba cómodamente encerrada.

No obstante, he señalado que hubo otra vía de restitución de lo local y esta, obviamente, fue la microhistoria italiana<sup>8</sup>. Esta perspectiva comparte con la anterior algunos rasgos generales, sobre todo en lo referente al espíritu de época, a la voluntad de renovar la disciplina atendiendo a la acción de los sujetos y de hacerlo desde abajo, desde las clases populares. Por otra parte, la cronología es semejante. Carlo Ginzburg publica su famoso libro sobre el molinero Menocchio en 1976 y las discusiones sobre la microhistoria comienzan unos años después, en torno a 1978-1979, dando lugar a la colección "Microstorie" en 1981. Samuel y su grupo lanzan la revista del *History Workshop* en 1976, mientras que el volumen sobre la *People's History and Socialist Theory* aparece también en 1981. Sin embargo, más allá de esas y otras coincidencias

---

<sup>7</sup> Raphael SAMUEL, “Historia popular, historia del pueblo”, en Raphael SAMUEL (ed.), *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica, 1984, pp. 15-47.

<sup>8</sup> A este respecto y para buena parte de lo que sigue, véase: Justo SERNA y Anacleto PONS, *Microhistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg*. Granada, Comares, 2019.



genéricas, hay también diferencias sensibles, sobre todo en cuanto al origen y el desarrollo de cada una de ellas. Por ejemplo, en aquello que se refiere a su distinta situación académica, pues la microhistoria se inserta en los debates disciplinarios más señalados y prospera por ese camino, algo que no siempre sucede de igual modo en el caso de la “historia popular” reclamada por Ralph Samuel.

En cuanto a la microhistoria, como acabo de señalar, existe una teorización, que se desarrolla en la década los ochenta, pero precedida del impulso que proviene del éxito de determinados volúmenes, como el *Montaillou* de Emmanuel Le Roy Ladurie y, sobre todo, *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg. Ambos libros, con sus diferencias, trataban de casos excepcionales, algo que en principio no hacía sino subrayar su alejamiento de lo general, su enraizamiento en lo local, su “localismo”. Y, sin embargo, mostraban formas distintas de entender lo “normal” o de resistirse a la “normalidad”, contribuyendo de ese modo a rescatar a esas clases populares olvidadas, con nombres, apellidos y experiencias que habían pasado desapercibidos. Es decir, lo local no consistía en recrearse en el pasado ni cultivaba un sentimiento nostálgico, sino que era el lugar y el espacio para recuperar vidas y prácticas cotidianas antaño marginadas por atávicas, por inarticuladas, por triviales o por escasamente representativas. Y todo ello conectaba perfectamente con la crisis económica y social de aquellos años y con las alternativas que se planteaban en todos los órdenes.

Por supuesto, existían diferencias entre Le Roy Ladurie y Ginzburg. A pesar de sus muchos paralelismos, la combinación que en este último encontramos entre cercanía afectiva y distancia conceptual no aparece igualmente en *Montaillou*. Este, en palabras de Lawrence Stone, “no nos cuenta un relato de manera directa -ya que tal relato no existe, sino que vaga de un lado a otro por el interior de las mentes de las personas”<sup>9</sup>. Dicho de otro modo, siguiendo a Mark S. Phillips: “el libro carece de una estructura narrativa, incluyendo el tipo de narrativa hermenéutica que da forma al relato de historia detectivesca de Ginzburg, donde nuestro conocimiento de la extraña cosmología de Menocchio siempre está doblemente mediado: primero por los interrogatorios de los inquisidores, segundo por el detective-historiador”. En *Montaillou*, en cambio, parece

---

<sup>9</sup> Lawrence STONE, *El pasado y el presente*. México, FCE, 1986, p. 113.

que escuchamos directamente a los propios campesinos, de modo que la poderosa presencia del inquisidor queda velada<sup>10</sup>.

Por otra parte, esa distancia intelectual o cognoscitiva que podemos apreciar en la obra de Carlo Ginzburg –si exceptuamos acaso su libro sobre *El juez y el historiador*– se relaciona con lo anteriormente apuntado, con aquella voluntad de los microhistoriadores de discutir dentro del campo académico. Y eso explica también su desapego en relación con lo local, a pesar de su defensa de la reducción de la escala de observación.

Es significativo en este sentido que uno de los primeros textos aclaratorios que Ginzburg escribe sobre la microhistoria, aparecido en 1985, se refiera explícitamente a la historia local<sup>11</sup>. Ginzburg, como es sabido, partía de la triple diferenciación nietzscheana entre historia monumental, anticuaria y crítica, señalando que el pensador alemán identificaba la historia local con la segunda de ellas. Aquella tipología ya no tenía mucho sentido, dado que la historia local se habría ido renovando con sus variados intentos de superar los modelos tradicionales y de ver las cosas desde la periferia y desde abajo. De ese modo, reconocía, “la aproximación hacia las investigaciones históricas de ámbito local, se ha modificado, en los últimos veinte años, quizá de una manera radical”, de modo que “el estigma de irrelevancia atribuido automáticamente a términos como los de ‘pequeño’, ‘periférico’ y ‘marginal’ ha sido poco a poco eliminado mediante investigaciones concretas que implicaban una jerarquía distinta”. Ahora bien, una historia local alejada del viejo modelo anticuario era aquella en la que el investigador plantea preguntas de carácter general dentro de un ámbito concreto, circunscrito. Este tipo de trabajo era realmente el de la microhistoria, una propuesta eminentemente analítica que tenía que ver más con “el modo de ubicarse frente al problema” y no necesariamente “a la pequeñez o marginalidad del objeto”, dado que la dimensión no podía ser un criterio de relevancia para hacer una buena historia. En suma, si bien la renovación en el ámbito local era positiva, existía el riesgo de que tal clima “favorezca una ilusión, alimentada eventualmente por la multiplicación y reforzamiento de una demanda periférica, local y regional, a menudo incontrolada”, la ilusión de que el desarrollo de la microhistoria, pero no solamente de esta, “logrará

---

<sup>10</sup> Mark Salber PHILLIPS, *On Historical Distance*. New Haven/Londres, Yale UP, 2013, pp. 198-201.

<sup>11</sup> Carlo GINZBURG, "Acerca de la Historia local y la Microhistoria" en Carlo GINZBURG, *Tentativas*. México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003, pp. 253-267.

disminuir automáticamente el aislamiento intelectual de los investigadores locales”. Es decir, con todas las renovaciones que sean necesarias, la historia local ha de mantenerse ligada a lo que fue, porque la microhistoria es otra cosa, “implica un trabajo lento y fatigoso”, alejado de las tradiciones locales eruditas.

Esa idea de separación, de distancia entre, por un lado, el esfuerzo académico que supone optar por la microhistoria -una microhistoria que siempre ha de remitir a la comparación- y, por otro, las investigaciones locales, se reiterará en lo sucesivo. Para Carlo Ginzburg, “ninguno de los estudiosos italianos de microhistoria (un grupo pasablemente heterogéneo) se reconocería en la *histoire événementielle* que mediando poca distancia práctica George Stewart, en la historia local propia de Luis González y González o en la *petite histoire* de Richard Cobb”<sup>12</sup>, a pesar de que a todos les una la oposición al modelo historiográfico basado en el macroscopio y lo cuantitativo y a pesar de que todos puedan tratar asuntos igualmente olvidados u orillados.

Giovanni Levi lo dijo aún con mucha mayor claridad:

*“La microhistoria no tiene nada que ver con la historia local, es decir, se puede hacer microhistoria de Galileo Galilei o de Piero della Francesca, estos dos libros han aparecido dentro del repertorio de la microhistoria. Si queremos dar una definición de microhistoria diremos que es una reducción de escala de análisis usando el microscopio. Nosotros podemos estudiar a Napoleón a través de un documento, a través de un episodio. La historia local es otra cosa distinta, la historia local estudia una localidad. Para nosotros, para mí, por ejemplo, la historia local, o el hecho de que haya estudiado un pueblo en La herencia inmaterial, es casual”.*

Expresado de otro modo,

*“el problema de la microhistoria es siempre un problema de generalizaciones. Creo que didácticamente, necesariamente, lo ideal es no tener ningún interés específico por la localidad que se estudia. Es una tarea instrumental, se busca una escala reducida como un laboratorio, para devenir al problema general”. En suma: “no diré nunca microhistoria o historia local, son dos cosas totalmente distintas, enemigas; yo me ofendería*

<sup>12</sup> Carlo GINZBURG, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, en Carlo GINZBURG, *El hilo y las huellas*. Buenos Aires, FCE, 2010, p. 363.

---

*mucho si fuese considerado un historiador local. Los dos pueblos a los que en particular he dedicado muchos años son dos pueblos que considero sin ningún interés, de los que no he escrito la historia. He escrito una historia en ellos”<sup>13</sup>.*

Como bien ha expuesto Carlos Aguirre Rojas a partir de esas y otras manifestaciones, la microhistoria italiana está en las antípodas de la historia local, y también de la clásica microhistoria mexicana. Y ello porque estas solo serían “una nueva versión de la antigua historia local -versión sofisticada y hecha más compleja con algunas de las técnicas y de los métodos historiográficos desarrollados en los años cincuenta y sesenta por la historia demográfica, por la historia de la vida cotidiana, etc.“. La microhistoria italiana, en cambio, es un proyecto intelectual mucho más complejo<sup>14</sup>.

De nuevo, pues, la desconfianza hacia el uso del adjetivo local, al menos si se emplea con un determinado sentido. Ese sentido también nos lo ha aclarado Giovanni Levi reiteradamente, aludiendo al trabajo del antropólogo Clifford Geertz y a su idea de que uno estudia en determinado lugar, pero no estudia ese lugar, ese pueblo, pues tal circunscripción es un mero accidente, sin mayor interés desde la perspectiva de los problemas generales. En efecto, en *La interpretación de las culturas*, Geertz lo dejó bien claro:

*“lo que uno encuentra en las pequeñas ciudades y aldeas es (¡ay!) vida de pequeñas ciudades o aldeas. Si la importancia de los estudios localizados y microscópicos dependiera realmente de semejante premisa -de que captan el mundo grande en el pequeño-, dichos estudios carecerían de toda relevancia. Pero por supuesto no depende de esto. El lugar de estudio no es el objeto de estudio. Los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian en aldeas”<sup>15</sup>.*

En todo caso, ha de señalarse que ese rechazo o desconfianza en relación con la historia local no estaba en la otra versión de la microhistoria italiana. Me refiero a la que

---

<sup>13</sup> Giovanni LEVI, "Antropología y microhistoria: conversación con Giovanni Levi", *Manuscripts*, 11 (1993), pp. 15-28, especialmente pp. 17-18.

<sup>14</sup> Carlos AGUIRRE ROJAS, “Invitación a otra microhistoria: la microhistoria italiana”, *Historica*, XXVII.2 (2003), pp. 283-317.

<sup>15</sup> Clifford GEERTZ, *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1988, p. 33.

encabezó Edoardo Grendi, que él definía como “vinculada a la contextualización social (distinta de la conceptualización cultural de Ginzburg)”, proponiendo “procedimientos analíticos diferentes, referidos a la reconstrucción de las redes de relaciones y a la individualización específica de la elección (individual y colectiva)”. A su modo de ver, Ginzburg estaría preocupado por el problema histórico de las “formas culturales”, pero no por las “mediaciones con lo ‘social’”, no por las relaciones interpersonales. De lo cual se seguiría que, cuando nos ocupamos de estas últimas, de estas formas de acción, vemos que “están estrechamente ligadas al espacio, al lugar, al territorio”<sup>16</sup>.

De ahí que, siguiendo el modelo de historia local inglesa que otorgada la centralidad a las relaciones sociales, Grendi fundara en 1989 en Génova un Seminario Permanente de Historia Local, seminario que duraría una década, con nombres como los de Diego Moreno Osvaldo Raggio, Angelo Torre y Massimo Quaini, un seminario cuyo objetivo era que los estudiantes participaran en el análisis de las fuentes y en los debates historiográficos sobre los temas que se plantearan<sup>17</sup>. Es en ese contexto donde Grendi propondrá tanto repensar la microhistoria como reformular el significado y las formas de la historia local y de la historia de la comunidad. Lo que se propuso era un enfoque "topográfico" de la investigación, que es el que ha de permitir una recuperación verdadera de la complejidad documental del entorno estudiado, su contextualización topográfica, una apuesta, en fin, en favor del estudio sobre el terreno que debe aprender de arqueólogos y geógrafos<sup>18</sup>. Una propuesta que, no obstante quedar truncada con su fallecimiento en 1999, será continuada por sus colegas en dicho seminario, en particular por Angelo Torre<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> Edoardo GRENDI, “¿Repensar la microhistoria?”, *Entrepassados. Revista de Historia*, nº 10 (1996), pp. 131-140.

<sup>17</sup> Vittorio TIGRINO “Storia di un seminario di storia locale. Edoardo Grendi e il Seminario Permanente di Genova (1989-1999)”, en Roberta CEVASCO (ed), *La Natura della Montagna. Scritti in ricordi di Giuseppina Poggi*, Sestri Levante, Oltre Edizioni, 2013, pp. 211-232.

<sup>18</sup> Osvaldo RAGGIO y, Angelo TORRE, “Prefazione”, en Edoardo GRENDI, *In altri termini: etnografia e storia di una società di antico regime*. Milán, Feltrinelli, 2004, pp. 22-26. Asimismo, Matteo GIULI, “Morfologia social e contextualização topográfica: a micro-história de Edoardo Grendi”, *Revista Brasileira de História*, nº 76 (2017), pp. 137-162 (<http://dx.doi.org/10.1590/1806-93472017v37n76-07>).

<sup>19</sup> Angelo TORRE, *Luoghi: la Produzione di Località in Età Moderna e Contemporanea*. Roma, Donzelli, 2011.

## LO LOCAL RECONSIDERADO: EL ESPACIO Y LA HISTORIA PÚBLICA

Ni la historia popular de Samuel ni la microhistoria más celebrada, la de Ginzburg o Levi, a pesar de su buena voluntad y de sus tratos amables, pensaban en la historia local. Pero, a pesar de todo, han contribuido a dignificarla y han ofrecido modelos válidos para quienes estudian *en* localidades o estudian localidades. Porque, en efecto, un historiador local suele hacer ambas cosas a la vez y, con mayor asiduidad, más lo segundo que lo primero. Lo importante es ser consciente de lo que hace, y de las opciones por las que opta.

### Así pues, ¿qué pueden ofrecer estas tradiciones?

Empecemos con la microhistoria. Quien más se ha preocupado por detallar los rasgos de esta corriente ha sido Giovanni Levi. En su contribución al volumen *Formas de hacer historia*, editado por Peter Burke, indicaba que, a pesar de la ausencia de una ortodoxia de escuela y de la diversidad de prácticas, habría una serie de características compartidas: "la reducción de escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo, a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo"<sup>20</sup>. Ahora bien, de todas ellas, la cuestión fundamental, y la de mayor provecho para un historiador local, es la reducción de la escala de observación, el análisis microscópico.

Este aspecto es, por otra parte, obvio, dado que toda historia es local, en tanto siempre acontece en un lugar y en un tiempo concretos, de manera que la escala es algo inherente a la realidad estudiada y no se puede renunciar a ella, so pena de perder de vista el espacio social de las personas cuyas acciones y relaciones se quieren estudiar. Ahora bien, a partir de esa primera constatación, el historiador local puede o no ir más allá, es decir, puede o no pretender emular a los microhistoriadores en un sentido pleno. O, lo que es lo mismo, la práctica resultante dependerá de los fines que persiga. Dado que la adopción de la escala local la damos por descontada, lo que varía es si esa es o no una elección consciente y cuáles son las implicaciones cognitivas derivadas de ello. Para el microhistoriador, como he señalado, esa escala es resultado de una pregunta

---

<sup>20</sup> Giovanni LEVI, "Sobre microhistoria", en Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 1993, p. 142.

anterior. Como diría Carlo Ginzburg, “uno puede preguntarse: cómo hacemos para relatar la llamada ‘gran historia a través de las vidas individuales. Este es sin duda un problema, un problema cognitivo, narrativo, documental”<sup>21</sup>, problema al que intenta responder la microhistoria. Por eso mismo, no se trata de hacer historia local, porque el caso o el espacio elegidos siempre son algo que hay que abandonar, de lo que hay que salir necesariamente, para relacionarlo con un conjunto más amplio de hechos, de problemas y de preguntas. Y ello porque, como señaló Levi, uno de los peligros sería considerar que “la cultura local es un todo coherente, homogéneo y sistemático” y, en suma, ofrecer un “repertorio de culturas locales incomparables entre sí”.

Visto así, lo que para el historiador local es un contexto que viene dado, para el microhistoriador es una opción experimental, porque parte de la idea de que “el perfil del contexto y su coherencia son aparentes”<sup>22</sup>, en el sentido apuntado de que el objeto está más allá de ese espacio, está en aquellos problemas y aquellas preguntas que permiten ver las incoherencias, las contradicciones y los desajustes de un sistema aparentemente unificado del que forma parte. En eso consiste alterar la escala de referencia, y ese es el objetivo que se persigue: “formularse preguntas generales y dar respuestas locales”, “demostrar que al estudiar un pequeño trozo del mundo, podemos contribuir a debates y preguntas de relevancia general”<sup>23</sup>. Por tanto, tal alteración es complementaria de otras escalas posibles. De hecho, la microhistoria no las niega, sino que surgió al cuestionar, entre otras cosas, que la perspectiva macro fuera la única opción experimental posible. Fue eso mismo lo que expuso Jacques Revel en su célebre texto sobre el microanálisis:

*“cada actor histórico participa, de cerca o de lejos, en procesos -y entonces se inscribe en contextos- de dimensiones y niveles diferentes, del más local al más global. No existe entonces un corte, ni menos aún oposición, entre historia local e historia global. Lo que la experiencia de un individuo, de un grupo, de un espacio permite aprehender es una modulación particular de la historia global. Particular y original: pues lo*

<sup>21</sup> Carlo GINZBURG, "Historia y microhistoria. Carlo Ginzburg entrevistado por Mauro Boarelli", *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, nº 44 (2014), p. 94.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>23</sup> Giovanni LEVI, “Perspectivas historiográficas: entrevista con el profesor Giovanni Levi” (S. Muñoz Arbeláez y M.C. Pérez), *Historia Crítica*, nº 40 (2010), p. 205.

---

*que el punto de vista microhistórico ofrece a la observación no es una versión atenuada, parcial o mutilada de realidades macrosociales: es, y es el segundo punto, una versión diferente”<sup>24</sup>.*

Diferente, y mucho más cercano a la historia local, es el camino que han tomado quienes continúan el trabajo iniciado por Edoardo Grendi, en particular el ya citado Angelo Torre. Para este historiador, el problema central es que las tradiciones metodológicas que acompañan habitualmente a las etiquetas “micro” y “macro” han sido indiferentes a la categoría espacio. Por ejemplo, el espacio de las microhistorias sería una “construcción lógica”, no tanto un espacio físico como la extensión de una modalidad, una modalidad de relaciones. Lo mismo ocurre en términos generales cuando se habla del “spatial turn”, que “privilegia un espacio abstracto, figurado, metafórico, visual, y pierde de vista el espacio concreto, vivido y denso” de las prácticas. Por eso, si se emplea el espacio en términos metafóricos es posible limitarse a imaginar que la interacción con el exterior “produce” el lugar, mientras que partir de un espacio concreto es un procedimiento distinto que, entre otras cosas, requiere muchas fuentes de archivo y una aproximación interdisciplinar a la localidad.

La cuestión, insiste Torre, es que, al tomar el espacio de este modo, no reconocemos “que lo local no es una dimensión subjetiva, sino *émica*, es decir, es construida con prácticas y con categorías que pertenecen a quien las usa”. Por esa razón, propone un acercamiento al trabajo de antropólogos que, como Arjun Appadurai, hablan de otra forma de “producción de lo local”, una donde la tensión entre lo “local” y lo “espacial” no se resuelve pensándolos “como polos de un único *continuum*: esta no conlleva problemas de escala, sino de mirada, de puntos de observación”<sup>25</sup>.

La referencia a Appadurai, recurrente en su obra<sup>26</sup>, resulta de particular interés para lo que aquí nos ocupa. Este antropólogo entiende lo local “como algo primariamente relacional y contextual, en vez de como algo espacial o como una mera cuestión de escala”, una cualidad constituida por una serie de relaciones que se expresan “en determinados tipos de agencia social, de sociabilidad y de reproductibilidad”, lo cual “es el predicado principal de lo local”. Partiendo de esa premisa, dice utilizar el

---

<sup>24</sup> Jacques REVEL, “Micro-análisis y construcción de lo social”, *Anuario del IEHS*, nº 10 (1995), p. 135.

<sup>25</sup> Angelo TORRE, “Micro/macro: ¿local/global? El problema de la localidad en una historia espacializada”. *Historia Crítica*, nº 69 (2018): pp. 37-67 (<https://doi.org/10.7440/historcrit69.2018.03>).

<sup>26</sup> Véase su uso en: Angelo TORRE, *Luoghi...*, *op. cit.*, p. 14 y ss.



término “vecindario para referirme a las formas sociales existentes en la realidad y en las que lo local, en tanto dimensión o valor, se concreta de diferentes maneras”<sup>27</sup>.

Esa concreción resulta ser frágil, por la razón de que lo local también lo es, como demuestra la “persistente tendencia a la disolución de algunos vecindarios” o la costosa tarea de producir y mantener su materialidad. Por ello mismo, los vecindarios se esfuerzan por producir “sujetos locales”, actores sociales que pertenezcan a la comunidad. Por ejemplo, a través de los ritos de paso, que “no son simplemente técnicas mecánicas de agregación social sino verdaderas técnicas sociales de producción de los nativos del lugar”. Y, asimismo, en los múltiples procesos de producción material de lo local, desde la vivienda y los caminos hasta la adecuación de jardines y campos, entre otros. De ese modo, se establece una relación que es histórica y dialéctica.

El problema, dice Appadurai, es que tales técnicas, a pesar de estar copiosamente documentadas, raras veces han sido entendidas “como instancias de producción de lo local, sino simplemente como una propiedad general de la vida social o como una valoración particular de dicha propiedad”, tomándose más como fondo que como figura. Y eso es un problema porque “el espacio y el tiempo son ellos mismos socializados y localizados mediante prácticas de actuación, representación y acción tan complejas como deliberadas”<sup>28</sup>.

La solución pasa por aclarar cómo funciona el contexto en este caso, que es el que permite entender la conexión de “lo local en tanto propiedad de la vida social y las vecindades en tanto formas sociales”, partiendo de que la producción de vecindarios “siempre es algo anclado históricamente y, en consecuencia, es contextual”. Es decir, un vecindario se crea en oposición a otro preexistente, permitiendo la producción de nuevos sujetos locales que, a su vez, al entrar a formar parte de las actividades sociales de producción, representación y reproducción, crean otros contextos. “En suma, los vecindarios pueden parecer paradójicos porque constituyen contextos y a la vez requieren contextos”<sup>29</sup>.

---

<sup>27</sup> Arjun APPADURAI, “La producción de lo local”, en Arjun APPADURAI, *La Modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo/Buenos Aires, Trilce/FCE, 2001, p. 187.

<sup>28</sup> *Ibid*, pp. 188-189.

<sup>29</sup> *Ibid*, p. 191 y 193-195.

### **Veamos ahora qué ofrece, por su parte, la historia popular de Samuel.**

Diríamos de entrada que aporta otros elementos de interés, y en particular todo lo relativo al compromiso con el actor, con la gente que hace la historia, pero en una historia desde abajo que no apela a ella solo como un objeto de estudio del pasado, sino que explora un sujeto que porta esa experiencia pasada con él y que, a su vez, al rescatarla, contribuye a transformar el presente, o al menos a repensarlo. Esto no significa que los microhistoriadores no hayan hecho algo parecido ni que su compromiso sea menor, pero su propuesta es distinta. En la medida en que su proyecto es estudiar *en aldeas, en lugares*, proponen esa distancia conceptual de la que hablábamos, incluso cuando la cercanía afectiva sea evidente. Carlo Ginzburg, por ejemplo, ha hablado del peso del componente autobiográfico, que estaba en el trasfondo de su trabajo, como algo obvio, pero inconsciente<sup>30</sup>:

*“algunos han señalado que debe haber una conexión entre mi trasfondo e identidad como judío y mi interés histórico por figuras como la de Menocchio. Y probablemente están en lo cierto. Pero no veo que eso sea un problema. Seguimos tratando de poner al descubierto los distintos motivos subjetivos que subyacen al trabajo de los historiadores. Pero, ¿sirve eso para algo? Es obvio que nuestras propias experiencias gobiernan nuestros intereses como historiadores. Y no hay razón para que esos elementos subjetivos tengan que imponer limitaciones al trabajo de un historiador, en vez de abrirle oportunidades. En mi propio caso, el hecho de que no fuera consciente de esa conexión resultó crucial. Permitted que mi atención se centrara, sin verme restringido por la consciencia de mi propio vínculo autobiográfico con el material”<sup>31</sup>.*

La diferencia es, por supuesto, que el historiador local no siempre puede evitar el estudio *de* las localidades, y limitarse simplemente a estudiar *en* ellas. A veces,

<sup>30</sup> “alguien me comentó: ‘Entonces, un judío como tú ...’ Y pensé: ‘Sí, es obvio, pero ¿por qué nunca pensé en eso?’. Desde una perspectiva posfreudiana, se diría que, para actuar, el inconsciente necesita no ser consciente, es decir, rechazar la mirada clara y consciente sobre los elementos que actúan en profundidad”. Carlo GINZBURG (entrevistado por Ivan Jablonka), “La notion de vérité fait partie de nous. Entretien avec Carlo Ginzburg”, *La Vie des idées*, 23 de octubre 2015 (<http://www.laviedesidees.fr/La-notion-de-verite-fait-partie-de-nous.html>), consultado el 24 de abril de 2019.

<sup>31</sup> Carlo GINZBURG (entrevistado por Trygve Riiser Gundersen), “El lado oscuro de la historia”, *Sinpermiso*, 12 de marzo de 2006 (<http://www.sinpermiso.info/textos/el-lado-oscuro-de-la-historia-entrevista>), consultado el 24 de abril de 2019.

incluso, negarse a hacer lo primero sería contraproducente, poco acorde con las algunas de las necesidades de su objeto, del lugar, cerrándole aquellas oportunidades que están precisamente relacionadas con la cercanía a lo local y a los locales. Es ahí donde la propuesta de Samuel tenía algo que ofrecer, algo que no estaba en la microhistoria. Como ya hemos visto, Samuel hablaba de una historia popular relacionándola con el impulso proporcionado por la “historia desde abajo”, desde la obra de E.P. Thompson a los cambios acaecidos en la escuela de los *Annales*, con su alejamiento de la “historia sin personas”. Ahora bien, al margen de esos referentes y de su voluntad de dotar de carga teórica (marxista) a su propuesta, Samuel se refería a todas aquellas iniciativas que eran principalmente “ajenas a las instituciones de la enseñanza superior o que están en los márgenes de la misma”, iniciativas que mostraban la voluntad de “democratizar la producción de historia, ampliando la lista de los que la escriben”, con la voluntad de “acercar los límites de la historia a los de la vida de las personas”<sup>32</sup>. De ahí que su opción preferida fuera la historia oral, un campo donde la cercanía con el objeto a estudiar es mucho más evidente.

No obstante, es cierto que, como ocurría con la microhistoria, tampoco la historia popular de Samuel aludía explícitamente a la historia local, acaso por el estigma que arrastraba, aunque sí a la escala local, pero sí lo hacía implícitamente, al referirse a todas aquellas prácticas alejadas del ámbito académico. En parte por eso, su propuesta acabaría conectando con otra que, en esa misma década y bajo otras bases, se estaba desarrollando en los Estados Unidos. Me refiero a la denominada “historia pública”, un término acuñado por Robert Kelley a finales de los años setenta, en la Universidad de California en Santa Bárbara, para designar todo aquello que se realizaba fuera de las Universidades (archivos, sociedades históricas, museos, administraciones públicas, etcétera)<sup>33</sup>. Aquí si existía una conexión directa con la historia local, dado que todo lo que se hacía hasta ese momento al margen de la academia podría decirse que quedaba de algún modo bajo el manto del movimiento de la historia local, sobre todo a través del

<sup>32</sup> Raphael SAMUEL, “Historia popular, historia del pueblo”, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>33</sup> Sobre este asunto, véase Thomas CAUVIN, *Public History: A Textbook of Practice*. Nueva York/Londres, Routledge: 2016. Un breve resumen en su texto “The Rise of Public History: An International Perspective”, *Historia Crítica*, nº 68 (2018), pp. 3-26 (<https://doi.org/10.7440/historicrit68.2018.01>). En realidad, este número de la citada revista está dedicado a la historia pública. Asimismo: Serge NOIRET, “Historia digital e historia pública”, en Juan A. BRESCIANO y Tiago GIL (eds), *La historiografía ante el giro digital: reflexiones teóricas y prácticas metodológicas*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur, 2015, pp. 41-76.

amplio abanico de las sociedades históricas. Es decir, la historia pública recogía aquellas iniciativas, compartiendo las mismas raíces y semejantes preocupaciones, dado que, frente al mundo académico, había sido la historia local la que había desarrollado lo que podríamos denominar una práctica pública de la historia, ligada a una audiencia más amplia, pero más apegada a lo local.

Con el tiempo, con las demandas sociales aparecidas desde los años sesenta en adelante, la historia pública emergió como una manera de reevaluar las relaciones entre lo local y lo nacional, siendo este último el ámbito característico de la historia académica. Por eso, su definición inicial, si bien no sus presupuestos, era muy semejante a la propuesta por Samuel. Para el citado Robert Kelley, la principal diferencia con la historia académica era que esta estaba aislada, ignoraba al público en sentido amplio. Era, pues, y sobre todo, una forma de amparar a todos los que trabajaban fuera de las Universidades, sin ofrecer una definición concreta de lo que hacían ni de cómo lo hacían:

*“en su significado más simple, Historia Pública se refiere al empleo de historiadores y del método histórico fuera de la academia: en el gobierno, en corporaciones privadas, en medios de comunicación, en sociedades históricas y museos, incluso en la práctica privada. Los historiadores públicos hacen su trabajo siempre que, aplicando su capacidad profesional, son parte del proceso público. Un problema debe ser resuelto, ha de decidirse qué medida tomar, ha de planificarse de manera más efectiva el uso de un recurso o la dirección de una actividad y, entonces, se pide a un historiador que trate la dimensión temporal: esto es Historia Pública”<sup>34</sup>.*

Como ha señalado Thomas Cauvin, ese movimiento se produjo, además, en un contexto muy particular, el de la depresión económica mundial y la crisis laboral. Tanto en Europa como en Estados Unidos, eso afectó al empleo en el campo educativo, justo cuando las aulas universitarias estaban más llenas que nunca. Había, pues, demasiados historiadores sin perspectivas laborales y, al menos en el caso norteamericano, la historia pública ofreció una posible solución. Es decir, la crisis laboral favoreció su

---

<sup>34</sup> Robert KELLEY, “Public History: Its Origins, Nature, and Prospects”, *The Public Historian*, nº 1.1. (1978), p. 16.

inmediata institucionalización. Un proceso, por lo demás, que se ha repetido e intensificado cuando la reciente crisis, con la disminución de la financiación pública, ha hecho que las Universidades se hayan visto cada vez más presionadas para encontrar recursos alternativos, cultivando sus vínculos con espacios y socios no académicos.

De este modo, Cauvin señala que la historia pública ha quedado definida a partir de tres elementos: la comunicación de la historia a un público no académico, la participación pública y la aplicación de la metodología histórica a las cuestiones actuales; todo ello en el contexto de una redefinición más amplia de la profesión, simbolizada por el surgimiento de Internet y por el nuevo acceso popular al conocimiento, con las consiguientes preguntas que ello plantea sobre el historiador y su papel en la sociedad<sup>35</sup>. En suma, pues, se trata de poner a la audiencia, al público en general, en el centro, comprometiéndose con la comunicad a la que se dirige.

Por tanto, no es de extrañar que esta perspectiva acabara conectando con aquellas ideas de Samuel sobre la historia hecha al margen de las instituciones de la enseñanza superior o con su voluntad de democratizar la producción de historia, pues unos y otros dieron un nuevo impulso a la práctica de la historia local, y a la historia oral en particular. Por otra parte, esa conexión funciona porque lo que inspiró a unos y a otros se mantiene hoy en día en su integridad, aunque el contexto haya cambiado, porque los “productores de historia”, las voces que hay que escuchar, o que quieren ser escuchadas, se han ensanchado. Como resultado, aquellos compromisos con los de abajo o con el público, que tenían propósitos distintos (claramente político en el caso de Samuel), se funden<sup>36</sup>. Es decir, la tradición europea y la americana se fusionan, creando una "historia para el público, sobre el público y por el público". Aunque, eso sí, “para entonces los profesionales europeos de la historia pública se enfrentaban, al igual que sus colegas estadounidenses, con los nuevos desafíos resultantes de la comercialización continua de la industria del patrimonio y las nuevas preguntas sobre las identidades nacionales y la presentación del pasado nacional”<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> Thomas CAUVIN, “The Rise of Public History...”, *op. cit.*, p. 4.

<sup>36</sup> En 1996, se creó un Máster en Historia Pública en el Ruskin College, sucediendo al taller impulsado por Samuel. Véase: Thomas CAUVIN, “The Rise of Public History...”, *op. cit.*, p. 9; Hilda KEAN, “People, Historians, and Public History: Demystifying the Process of History Making”, *The Public Historian*, 32.3 (2010), pp. 25-38.

<sup>37</sup> Paul KNEVEL, “Public History. The European Reception of an American Idea?”, *Levend Erfgoed*, n<sup>o</sup> 6/2 (2009), p. 8.

En ese sentido –y el propio Samuel fue consciente de ello–, uno de los factores que más ha contribuido a cambiar las cosas, a generar un nuevo contexto, ha sido el auge de la memoria, ya sea como concepto o como campo de investigación. Como ha señalado Enzo Traverso, eso ha significado una alteración de primer orden:

*“el siglo XX deja el presente e ingresa en la historia, es un pasado susceptible de ser pensado históricamente, como algo separado del presente, como algo que se puede historizar. Ahora bien, se trata de un pasado reciente, un pasado que muchos contemporáneos vivieron, cuyas huellas habitan las sociedades, las culturas y la memoria. Todo esto tiene implicaciones muy grandes, porque el siglo XX se transforma en un objeto de historia e interpela poderosamente la subjetividad del historiador, dado que el historiador está implicado en el objeto de su investigación como actor, o por lo menos como testigo”<sup>38</sup>.*

Quiere ello decir que aquella voluntad de Samuel de recatar a los de abajo, de darles voz, se ha intensificado, casi se ha invertido, pues existe una demanda social de conocimiento, independiente de la voluntad de los historiadores, sean quienes sean, pertenezcan o no al ámbito institucionalizado. Lo cual genera problemas que van más allá de lo local o de lo micro, porque interpelan de otro modo la subjetividad del historiador y porque cuestionan la necesaria ruptura con el pasado, sin la cual resulta difícil, o imposible, hacer historia: “se prefiere el memorial al monumento o este último se convierte en memorial, el pasado atrae más que la historia; la presencia del pasado, la evocación y la emoción predominan sobre la toma de distancia y la mediación; la valoración de lo local va a la par de la búsqueda de una "historia en sí"<sup>39</sup>

---

<sup>38</sup> Enzo TRAVERSO, “Historiografía y memoria. Interpretar el siglo XX. Parte 1”, *Aletheia: Revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FaHCE*, 1.2 (2011) (<http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-2/historiografia-y-memoria-interpretar-el-siglo-xx>), consultado el 24 de abril de 2019.

<sup>39</sup> François HARTOG, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 223.

### MODO DE DESENLACE: VENTAJAS E INCONVENIENTES

Hay, pues, muchas formas de hacer historia local o historia pública, como hay muchas formas de hacer historia. Como hemos visto, la dualidad fundamental tiene que ver con estudiar *los* lugares o *en los* lugares. Quien se proponga directamente contribuir al debate académico preferirá lo segundo, para lo que la perspectiva microhistórica, la de Ginzburg y Levi, resulta quizá la opción más fructífera<sup>40</sup>; quien se plantee una aproximación más abierta, más ligada a las experiencias y demandas de la gente, incluso de los vecinos, se situará en lo primero, para lo que la historia pública es hoy la vía más conveniente, sin olvidar esa otra aproximación a lo local defendida entre otros por Angelo Torre. Pero siempre con las herramientas y métodos propios de la disciplina, pues la mediación del historiador es necesaria en ambos casos.

Hacer esto último tiene sus ventajas y sus inconvenientes. En cuanto a estos últimos, son diversos. François Hartog señaló algunos al hablar del presentismo y de la memoria, de cómo los monumentos han dejado paso a los memoriales, empleando aquellos “para hacer vivir la memoria, mantenerla viva y transmitirla”, importando menos la historia que el pasado, “del que el productor de historia local busca hacer experimentar la presencia, con ayuda de todas las técnicas de ‘presentificación’”<sup>41</sup>. Y esto, como decíamos, supone abandonar la labor de mediación que convierte al pasado en historia, malinterpretando aquella historia desde abajo o esta historia pública de la que hablamos. Es algo parecido a lo que años antes y en un contexto distinto había escrito Peter Novick al describir la evolución de la historia profesional norteamericana. A principios de la década de 1980, decía, todo el programa académico, el de universalismo contra particularismo y el de nacionalismo contra localismo, había sido puesto en cuestión, en parte por la presencia de la historia pública. Y tal situación planteaba problemas sobre el asunto clave de la “objetividad”, dado que estos nuevos historiadores “oficiales”, “privados”, a pesar de sus proclamas de científicidad, podían llevar a la disciplina a una identificación acrítica con su público, cayendo en la celebración particularista, incluso apologética, obligados a realizar investigaciones cuyas premisas y supuestos establecían otros y, en suma, inclinados a elaborar

---

<sup>40</sup> Pedro RUIZ TORRES, “Microhistòria i història local”, en AA.VV., *L’espai viscut. Col·loqui internacional d’Història Local*. Valencia, Diputació de Valencia, 1989, pp. 70-92.

<sup>41</sup> François HARTOG, *Regímenes de historicidad*, op. cit., pp. 216-217.

conclusiones que no contravinieran en exceso esos intereses externos<sup>42</sup>. Así lo señalaba más tarde David Loventhal, aunque acaso de forma excesiva y refiriéndose a los aficionados al patrimonio:

*“El historiador, sin importar cuán miope y presentista sea ni cuánto se autoengañe, busca transmitir un pasado consensualmente conocido, abierto a inspección y prueba, continuamente revisado y erosionado a medida que el tiempo y la retrospectiva superan las verdades. El diseñador del patrimonio, aunque sea históricamente escrupuloso, busca diseñar un pasado que fije la identidad y mejore el bienestar de algún individuo o pueblo particular. La historia no puede ser totalmente desapasionada, o no se sentirá que valga la pena aprenderla o transmitirla; el patrimonio no puede ignorar totalmente la historia, o parecerá demasiado increíble como para exigir lealtad. Pero los objetivos que animan estas dos empresas, y sus modos de persuasión, son contrarios entre sí. Para evitar la confusión y la censura no deseada, es vital tener esa oposición en mente”<sup>43</sup>.*

Por supuesto, los objetivos son distintos, y también lo son los medios de transmisión, o de persuasión si se quiere. Ahora bien, siempre que la historia en tanto disciplina esté presente, y no solo el pasado, la historia pública ofrece numerosas ventajas. Las más obvia es su necesidad, dado que la audiencia en general no accede a artículos académicos ni a sesudas monografías, que tardan en filtrarse hacia abajo, hacia las formas populares de comunicación, y dada la voluntad participativa de esa audiencia. Por supuesto, eso va más allá de cualquier práctica estricta de historia local, pues remite a habilidades y conocimientos que la sobrepasan y que, por ejemplo, exigen saber cómo funcionan los museos o los archivos o las recreaciones o la propia ficción histórica o que, dicho de otro modo, exigen reflexionar sobre cómo el pasado se convierte en historia<sup>44</sup>.

Otra ventaja tiene que ver con ese apasionamiento del que hablaba Loventhal, algo que me parece que en buena medida tiene que ver con lo local, con el lugar. Ello

---

<sup>42</sup> Peter NOVICK, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*. Vol. II, México, Instituto Mora, 1997, pp. 610-622.

<sup>43</sup> David LOWENTHAL, *Possessed by the Past: The Heritage Crusade and the Spoils of History*. New York, Free Press, 1996, p. XI.

<sup>44</sup> John TOSH, *Why History Matters*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008.



por dos motivos. En primer lugar, porque vivimos en un mundo caracterizado por la desconfianza respecto al futuro, un futuro que parecería no existir como horizonte de expectativas, de lo que se deriva ese auge de la memoria, del presentismo, de la nostalgia, del pasado, en suma. El apego a ese pasado, y por ende al lugar, funciona como un amortiguador frente a las dudas del presente y la falta de utopías, un pasado que se almacena en la memoria y en el resto material, en los residuos físicos que facilitan la inmersión y la recreación en lo desaparecido. Si eso apasiona, si el patrimonio pasa a primer plano, es entre otros motivos porque las relaciones, experiencias, aspiraciones y emociones humanas se sustentan en cosas, en lugares y en las personas ligadas a esos espacios.

En segundo lugar, relacionado con esto, porque, como sugiere también el mencionado Appadurai y como ha indicado el geógrafo Yi-Fu Tuan, todo lugar tiene una historia y un significado, “no es solo un hecho que tiene una explicación en el marco más amplio del espacio, sino que es también una realidad que se clarifica y se entiende desde la perspectiva de la gente que le ha dado significado”. Es decir, estudiar ese espacio es estudiar los sentimientos e ideas de la gente desde la perspectiva de la experiencia, examinando “los espacios sucesivamente sentidos, percibidos y conceptualizados fijándonos en cómo las ideas más abstractas surgen de aquellas que se confieren directamente al cuerpo, tanto desde el punto de vista del crecimiento individual como desde la perspectiva de la historia”<sup>45</sup>.

Parte del problema lo señalaba Appadurai, al indicar que hemos visto el espacio más como fondo que como figura, o bien, como hacía el propio Tuan, al señalar que la dimensión temporal siempre nos ha parecido más importante, como por otra parte es lógico, dado que las personas parecen “estar más interesadas en narrativas que en imágenes estáticas, en eventos que se desarrollan en el tiempo (drama) que en objetos desplegados en el espacio” y nuestro propio lenguaje parece ser “mucho más adecuado para la narración de eventos que para la descripción de escenas”. Ahora bien, el espacio es más básico para la experiencia humana, se comprende más fácilmente que el tiempo, “es mucho más directo y simple que el conocimiento del tiempo”. Dicho de otro modo, mientras que “el pasado ha desaparecido y ha de ser evocado mediante el lenguaje, la

---

<sup>45</sup> Yi-Fu TUAN, “Espacio y lugar: una perspectiva humanística”, en Yi-Fu TUAN, *El arte de la Geografía* (Joan NOGUÉ ed.). Barcelona, Icaria, 2018, pp. 54-55. Véase también: Angelo TORRE, “Micro/macro: ¿local/global? ...”, *op. cit.*, pp. 37-67.

coherencia espacial puede ser inmediatamente percibida, incluso esta deja impresiones duraderas en nuestra memoria, mientras que eso no ocurre igualmente con la relación causal de acontecimientos pasados”<sup>46</sup>. De ahí que las cosas y los lugares, el espacio, en suma, haya adquirido importancia, sobre todo en un momento en que, como hemos visto con Hartog, vivimos en una coyuntura que pone en cuestión la temporalidad, hasta entonces paradigmática del régimen moderno de historicidad. Así:

*“La luz proyectada desde el futuro disminuye, la imprevisibilidad del porvenir aumenta, el presente se vuelve la categoría preponderante, mientras que el pasado reciente -aquel del que nos sorprendemos que ‘no pase’ o del que nos inquietamos de que ‘pase’- exige incesante y compulsivamente ser visitado y revisitado. Con la consecuencia de que la historia ha cesado por completo de poderse escribir desde el punto de vista del futuro (o de sus diversas hipóstasis) o en su nombre: la historia contemporánea primero, pero cada vez más no solamente ella”<sup>47</sup>.*

Terminaré señalando que, a pesar de las bondades que podamos otorgarle, pero también en razón de sus defectos reales y potenciales, la historia sobre lo local y la historia pública han sido campos marginados e incluso desprestigiados dentro de nuestra corporación académica. Ello se debe, como hemos visto, a la forma en que se profesionalizó la disciplina y a los rasgos que, por contraposición, fue tomando esa historia hecha en sus márgenes. De ese modo, como ha señalado Ralph Samuel, el mundo estrictamente académico ha generado unas tendencias autárquicas que “se reflejan en juicios hartos tribales sobre quién es historiador y quién no lo es”. Y, por ejemplo, “los historiadores locales son descalificados por la mirada de sus parroquianos como poco menos que ciudadanos de segunda”, precisamente porque se entiende que “el conocimiento se degrada cuanto más toca tierra”. Es decir, tenemos “una visión sumamente jerárquica de la constitución del conocimiento, y también muy restrictiva”, que no tiene “en cuenta al enorme ejército de subalternos, sirvientes y amanuenses que, en todos los periodos, son como los fantasmas del trabajo histórico”.

Por tanto, haríamos bien en recordar -una vez más con Samuel- que “la historia no es prerrogativa del historiador, ni tampoco, como afirman los adalides de la

<sup>46</sup> *Ibid.*, 59, 60 61,63.

<sup>47</sup> François HARTOG, *Regímenes de historicidad*, *op. cit.*, p. 168.

posmodernidad, una ‘invención’ de su cosecha. Se trata más bien de una forma social de conocimiento; la obra, en toda circunstancia, de un millar de manos”. Necesitamos, pues, operar con una noción “más pluralista de la profesión histórica, o que al menos guarde el respeto debido a esos subalternos sin los que las empresas históricas se irían a pique” y preguntarnos si no habremos tenido una visión demasiado estrecha o arrogante cuando hemos defendido que, para cumplir con la vocación democrática de la historia, basta con tomar como objeto de investigación a la gente corriente, pero olvidando las condiciones de existencia de la disciplina y los motivos por los que hay versiones distintas de la misma<sup>48</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- AAVV, “Editorial”, *History Workshop Journal*, 1.1 (1976), pp. 1-3.
- Aguirre Rojas, Carlos, “Invitación a otra microhistoria: la microhistoria italiana”, *Historica*, XXVII.2 (2003), pp. 283-317.
- Appadurai, Arjun, “La producción de lo local”, en Arjun APPADURAI, *La Modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo/Buenos Aires, Trilce/FCE, 2001, pp. 187-208.
- Cauvin, Thomas, *Public History: A Textbook of Practice*. Nueva York/Londres, Routledge: 2016.
- “The Rise of Public History: An International Perspective”, *Historia Crítica*, 68 (2018), pp. 3-26 (<https://doi.org/10.7440/histcrit68.2018.01>).
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1988.
- Ginzburg, Carlo, "Acerca de la Historia local y la Microhistoria" en Carlo GINZBURG, *Tentativas*. México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003, pp. 253-267.
- (entrevistado por Trygve Riiser Gundersen), “El lado oscuro de la historia”, *Sinpermiso*, 12 de marzo de 2006 (<http://www.sinpermiso.info/textos/el-lado-oscuro-de-la-historia-entrevista>), consultado el 24 de abril de 2019.
- “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, en Carlo GINZBURG, *El hilo y las huellas*. Buenos Aires, FCE, 2010, pp. 351-394.
- "Historia y microhistoria. Carlo Ginzburg entrevistado por Mauro Boarelli", *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 44 (2014), pp. 89-101.

<sup>48</sup> Raphael SAMUEL, *Teatros de la memoria. Volumen I: Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Valencia, PUV, 2008, pp. 20-21, 26, 35.36, 49.

- (entrevistado por Ivan Jablonka)., “La notion de vérité fait partie de nous. Entretien avec Carlo Ginzburg”, *La Vie des idées*, 23 de octubre 2015 (<http://www.laviedesidees.fr/La-notion-de-verite-fait-partie-de-nous.html>), consultado el 24 de abril de 2019.
- Giuli, Matteo, “Morfologia social e contextualização topográfica: a micro-história de Edoardo Grendi”, *Revista Brasileira de História*, 76 (2017), pp. 137-162, <http://dx.doi.org/10.1590/1806-93472017v37n76-07>.
- Grendi, Edoardo, “¿Repensar la microhistoria?”, *Entrepasados. Revista de Historia*, 10 (1996), pp. 131-140.
- Hartog, François, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México, Universidad Iberoamericana, 2007.
- Kean, Hilda, “People, Historians, and Public History: Demystifying the Process of History Making”, *The Public Historian*, 32.3 (2010), pp. 25-38.
- Kelley, Robert, “Public History: Its Origins, Nature, and Prospects”, *The Public Historian*, 1.1. (1978), pp. 16-28.
- Knevel, Paul, “Public History. The European Reception of an American Idea?”, *Levend Erfgoed*, 6. 2 (2009), pp. 4-8.
- Langlois Charles-V. y Seignobos, Charles, *Introducción a los estudios históricos*. Alicante, Universidad de Alicante, 2003.
- Levi, Giovanni, "Antropología y microhistoria: conversación con Giovanni Levi", *Manuscrits*, 11 (1993), pp. 15-28.
- “Sobre microhistoria”, en Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 1993, pp. 119-143.
- “Perspectivas historiográficas: entrevista con el profesor Giovanni Levi“ (S. Muñoz Arbeláez y M.C. Pérez), *Historia Crítica*, 40 (2010), pp. 197-205.
- Lowenthal, David, *Possessed by the Past: The Heritage Crusade and the Spoils of History*. New York, Free Press, 1996.
- Noiret, Serge, “Historia digital e historia pública”, en Juan A. BRESCIANO y Tiago GIL (eds), *La historiografía ante el giro digital: reflexiones teóricas y prácticas metodológicas*. Montevideo, Ediciones Cruz del Sur, 2015, pp. 41-76.
- Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*. Vol. II, México, Instituto Mora, 1997.
- Phillips, Mark Salber, *On Historical Distance*. New Haven/Londres, Yale UP, 2013.
- Raggio, Osvaldo y Torre, Angelo, “Prefazione”, en Edoardo GRENDI, *In altri termini: etnografia e storia di una società di antico regime*. Milán, Feltrinelli, 2004, pp. 5-34.
- Revel, Jacques, “Micro-análisis y construcción de lo social”, *Anuario del IEHS*, 10 (1995), pp. 125-143.
- Ruiz Torres, Pedro, “Microhistòria i història local”, en AA.VV, *L'espai viscut. Col·loqui internacional d'Història Local*. Valencia, Diputació de Valencia, 1989, pp. 70-92.

- Samuel, Raphael, “Local History and Oral History”, *History Workshop Journal*, 1.1 (1976), pp. 191–208.
- “Historia popular, historia del pueblo”, en Raphael SAMUEL (ed.), *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica, 1984, pp. 15-47.
  - *Teatros de la memoria. Volumen I: Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Valencia, PUV, 2008.
- Serna, Justo y Pons, Anacleto, *Microhistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg*. Granada, Comares, 2019.
- Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*. México, FCE, 1986.
- Tigrino, Vittorio, “Storia di un seminario di storia locale. Edoardo Grendi e il Seminario Permanente di Genova (1989-1999)”, en Roberta CEVASCO (ed), *La Natura della Montagna. Scritti in ricordi di Giuseppina Poggi*. Sestri Levante, Oltre Edizioni, 2013, pp. 211-232.
- Torre, Angelo, *Luoghi: la Produzione di Località in Età Moderna e Contemporanea*. Roma, Donzelli, 2011.
- “Micro/macro: ¿local/global? El problema de la localidad en una historia espacializada”. *Historia Crítica*, 69 (2018): pp. 37-67 (<https://doi.org/10.7440/histcrit69.2018.03>).
- Tosh, John, *Why History Matters*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008.
- Traverso, Enzo, “Historiografía y memoria. Interpretar el siglo XX. Parte 1”, *Aletheia: Revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FaHCE*, 1.2 (2011) (<http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-2/historiografia-y-memoria-interpretar-el-siglo-xx>), consultado el 24 de abril de 2019.
- Tuan, Yi-Fu, “Espacio y lugar: una perspectiva humanística” en Yi-Fu TUAN, *El arte de la Geografía* (Joan NOGUÉ ed.). Barcelona, Icaria, 2018, pp. 53-110.